

CAPITULO XIV.

Una horrible venganza.

DIEGO se puso en camino para Granada, apénas se despidieron del almirante aquellos séres que formaban su familia, y Villejo se quedó á acompañar á su amada y á Inés, porque no podia hacer el viaje tan precipitadamente como el jóven paje de la reina.

Isabel estaba ébria de gozo porque iba à unirse con Villejo, el cual, por sus prendas personales y por el inmenso amor que la profesaba, hacia la felicidad de la jóven.

Inés participaba de la felicidad de su hija; pero una nube oscurecia su frente.

Depositaria de los secretos de Fernando, sabia que al emprender al lado de su padre el viaje llevaba en su corazon la imágen de Isabel, y sabia que al alejarse de ella hacia un gran sacrificio.

Aquel acto debia tener una gran influencia en su vida.

Pero la felicidad maternal es egoista, y pensando que tal vez la ausencia y las impresiones que recibiria Fernando en aquella expedicion distraerian su ánimo y alejarian de él el pensamiento de su desdicha, no tardó en consagrarse por completo al goce que le brindaba la esperanza de ver á Isabel unida con Villejo.

Detuviéronse un dia en Sevilla, y se pusieron en camino con ánimo de descansar tambien en Córdoba.

Esta ciudad tenia grandes recursos para Inés.

En ella habia entrado bajo la tutela de unas gitanas, y habia salido bajo el amparo de una protectora, que habia sido para ella una segunda madre.

Sus pasadas venturas las debia á Colon, que movido á piedad por el relato que durante el viaje le hizo Matías Sampayo, habia empleado toda su influencia con doña Beatriz para que protegiese los amores de su camarista y de su paje.

—Si os deteneis en Córdoba, habia dicho Colon, visitad en mi nombre á fray Pedro Antunez. Decidle que parto satisfecho, que confio en la piedad divina, y que no me olvide en sus oraciones.

Inés quiso cumplir el deseo del almirante.

Detúvose, pues, en Córdoba, y fué à parar precisamente á la misma posada que en otro tiempo dirigia maese Repulgo, traspasada á la sazón á otro posadero, digno émulo de aquel, pero muy limpio, y que habia convertido el antiguo meson en una verdadera hostería, que aparecia á los ojos de los que iban á hospedarse en ella como una tacita de plata.

Tantas veces habia hablado Inés á su hija de la casa en donde habia habitado con doña Beatriz, que para estar próxima á ella y poder enseñársela, eligió la hostería como morada suya miéntras permaneciese en Córdoba.

Los que son felices, adonde quiera que dirigen la vista no ven más que el reflejo de su felicidad.

Tal vez por esto, ni Inés, ni su hija, ni Villejo habian reparado que desde el momento en que salieron de Granada, aunque á cierta distancia, les fué siguiendo una mujer anciana y andrajosa: fué con ellos á Cádiz, volvió á Sevilla y se detuvo un dia, y los siguió hasta Córdoba.

Si mis lectores hubieran podido fijar en ella sus ojos en el momento en que supo que Inés se decidia á permanecer algunos dias en Córdoba, hubieran notado en su semblante las muestras de una alegría infernal.

Llegaron al anochecer, y las señoras ocuparon una habitación del piso alto de la casa.

Villejo se quedó en el hogar.

Una hora despues de su llegada les sirvieron una abundante cena, y madre é hija se fueron á su cuarto para descansar.

Villejo se quedó conversando con unos cuantos bajo la ancha campana de la chimenea.

La conversacion giró sobre varios puntos, y se detuvo en uno, que pareció preocupar mucho á los circunstantes.

Los arrieros aseguraban que en el camino de Córdoba á Sevilla habia unos cuantos malhechores que robaban y asesinaban á los viajeros.

Con motivo de los bandoleros cada cual contó una historia de ladrones, y oian á un arriero muy viejo la larga série de crímenes de un famoso bandido, cuando aterrorizó á todos un seco aldabonazo que resonó en la puerta de la calle.

El posadero, sacando fuerzas de flaqueza, se acercó al porton y recorrió el cerrojo.

—¿Ha llegado esta tarde á la posada, preguntó una voz gangosa, un caballero con dos damas que parecen madre é hija?

—Sí por cierto; ¿qué se os ocurre, buena mujer?

—Quisiera hablarle dos palabras.

—Caballero, dijo el dueño del meson à Villejo, ahí preguntan por usted.

—¿Por mí? ¿Quién es?

—Una mujer que parece una bruja.

—¿Y ha pronunciado mi nombre?

—No; ha dicho que deseaba ver á un caballero que ha llegado esta noche con dos damas, y como aquí no hay más caballero que vos. . . .

—¿Dónde está esa mujer?

—En la puerta.

—Hacedla entrar.

—No quiere.

—En ese caso iré yo á verla.

—Tenga vuestra merced cuidado, dijo uno de los arrieros, porque los bandidos tienen espoliques.

—Y á veces se disfrazan de brujas.

—No hay cuidado; miéntras yo lleve la espada al cinto, no tengo miedo á todas las brujas juntas.

Y miéntras se quedaban los circunstantes comentando el caso, se acercó Villejo á la puerta.

—¿Sois vos el señor Villejo? preguntó la anciana.

—Para servir á Dios.

—Vengo á daros una triste noticia.

—¿A mí? ¿Me conocéis?

—Es una historia, que os contaré en breves palabras. La casualidad ha querido que estuviera en Cádiz cuando fuisteis á despedir al almirante. Soy una pobre que vive de la caridad pública, y salí de allí con direccion á esta ciudad para pedir limosna por el camino. A muy poca distancia de la ciudad ví á un jóven, que habia pasado á mi lado en una mula, detenido por cuatro bandoleros, que le estaban atando. Uno de ellos me descubrió y corrió adonde estaba.

—«Bruja maldita, dijo, tú has visto lo que ha pasado, y vas á delatarnos. Vente con nosotros.

—«Piedad, piedad, exclamé yo.

—«No hay piedad para las hechiceras. Tú no te escaparás; pero si te escapas, irás á contar al Santo Oficio que has visto á cuatro bandoleros desbalijar al hijo de Cristóbal Colon.»

—¿Qué decís? ¿Es posible? ¿Han robado á don Diego Colon?

—No sé como se llama. Lo único que puedo deciros es

que un jóven á quien ví á vuestro lado en Cádiz, y á quien al partir el almirante le estrechó en sus brazos con efusion, fué maniatado por los foragidos y conducido hasta una casa que hay en los alrededores de la ciudad casi deshabitada, pero que les sirve de madriguera, y que si mal no recuerdo se llama la Torre de la Malmuerta.

—¿Y qué objeto os ha movido á traer esas noticias? ¿Cómo os habeis podido librar de vuestros opresores?

—Encerrada en un cuarto con el jóven, me ha dicho:

—«Mi familia debe llegar hoy á Córdoba. Procurad que os dejen en libertad, buscadla en todos los mesones para decirle que pida auxilio al Santo Oficio y que venga á buscar-me para sacarme del poder de estos malhechores.»

—Yo llamé á uno de los bandidos que hacia de jefe, le pedí con lágrimas en los ojos que me dejase en libertad, le aseguré que no despegaría mis labios, y pude conseguir que con un guía me llevase hasta el otro lado del rio.

Esto pasaba al anochecer.

Quando me ví sola volví á la ciudad, y Dios ha querido que os encuentre en el primer meson en que os he buscado.

Ahora no hay tiempo que perder.

Id con el posadero á buscar al Santo Oficio; decid á los cuadrilleros que en la Torre de la Malmuerta está cautivo un paje de la reina; acompañadles hasta allí, y habreis logrado poner en libertad al prisionero, porque de lo contrario, hasta que logren por su rescate una crecida cantidad no le dejarán libre.

—Voy, voy, dijo Villejo.

—Antes desearia pedirlos un favor, si estimais en algo el que os he dispensado.

—Hablad.

—Estoy muerta de hambre; disponed que me den de cenar, y yo os aguardaré aquí hasta que volvais.

Villejo rogó al posadero que le acompañara, y éste, por orden de su huesped, encargó á los criados que sirviesen una abundante cena á la vieja.

—Y pago todo el gasto que haga, dijo Villejo.

Y partió con el mesonero.

Los arrieros se acercaron á la bruja y la hicieron mil preguntas.

Les contó varios cuentos, los puso alegres y al cabo de un rato:

—Mi amo ha dicho que paga: con que trae vino para que esta pobre vieja obsequie á los presentes.

Subió un criado con un gran jarro, y la vieja:

—Supongo que será vino moro, le dijo.

—No debia decirlo; pero lo es.

—¿A ver?

Y tomó el jarro.

Sin que nadie se apercibiera, echó en el líquido unos polvos.

Vaya, amigos, á la salud de mi protector.

Y pasando el jarro de mano en mano, no hubo uno solo de los circunstantes que no bebiera un sendo trago.

—Vosotros no habeis de ser ménos, dijo la vieja á los mozos.

Un cuarto de hora despues, los que ya no dormian sentian una horrible pesadez en los ojos.

—Ya son míos, exclamó la vieja.

Y dirigiéndose al porton, le abrió, hizo una señal y no tardaron en entrar dos hombres.

—Seguidme, les dijo.

Y subió al piso principal.

Por medio de una llave-ganzúa abrió la puerta y pene-

tró en la estancia donde dormían tranquilamente Isabel y su madre.

Con mucha suavidad untó las sienes de la jóven con un ungüento que llevaba, compuesto de opio y adormideras.

Era un narcótico de los más fuertes.

—Conducídmela adonde sabeis, dijo á sus dos ayudantes; los cuales, envolviendo á Isabel en las mantas, como quien lleva una paja, la sacaron del lecho, la bajaron á la calle y la condujeron á una casa bastante próxima, que más parecia una cueva.

Con feroz calma sacó la vieja un pomito que contenía un líquido, lo cogió con la mano derecha, lo acercó al rostro de Inés, puso la mano izquierda sobre su corazón, y al poca rato abrió la pobre mujer los ojos espantada.

Instantáneamente cayeron en sus pupilas algunas gotas del líquido que contenía el pomito.

Inés lanzó un grito desgarrador.

—¿Y mi hija? ¿Y mi hija? preguntó.

—Ya no volverás á verla nunca, dijo la vieja.

Inés quiso precipitarse del lecho, y notó con espanto que faltaba la luz á sus ojos.

—¿Qué es esto? exclamó.

—Esto es mi venganza.

—Pero ¿quién sois? añadió Inés, tratando de buscar á la persona que le hablaba.

—Soy tu expiación.

Inés se acercó á tuestas hasta la cama donde estaba su hija, y no encontrándola lanzó un grito.

No pudo resistir la emoción, y cayó sin sentido.

La vieja se alejó de la posada y nadie volvió á verla.

Villejo no tardó en volver.

Todo había sido farsa.

El mesonero, con los oficiales de la Santa Hermandad, había ido á la Torre de la Malmuerta, habían registrado y no habían visto á nadie, ni tenían noticia de que hubieran llegado los bandidos con el cautivo.

Villejo volvía precipitadamente para con vencerse de aquella impostura

—Si no está esa mujer, es que me ha engañado, se dijo.

El espectáculo que encontró en la posada al llegar aumentó su desesperación, y le hizo comprender que había sido víctima de un cruel engaño.

Llamó á los arrieros y ninguno respondió.

—Están narcotizados, dijo después de examinarlos.

¿Qué habrá pasado aquí, Dios mío!

Instantáneamente subió con una luz á la habitación de Inés.

La puerta estaba abierta.

Al entrar halló el exánime cuerpo de la pobre mujer á los pies del vacío lecho de su querida hija.

—¿Qué pasa? exclamó horrorizado.

Socorrió á Inés, y ésta no tardó en volver en sí.

—¿Quién sois, quién sois? preguntó presa de la mayor angustia.

—¿No me reconocéis? exclamó Villejo; miradme.

—Que traigan luz.

—¿Si hay luz aquí!

—¿Hay luz? No puede ser.

—Miradla, dijo Villejo, acercándola á sus ojos.

—No veo, exclamó con amargura.... ¿Y mi hija? ¿Dónde esta mi hija?..... Que venga, quiero verla.

Villejo comprendió lo que pasaba.

—No está Isabel, dijo.

—Que traigan luz, repitió.

Y al decir esto movia las manos, y casi se quemó al pasarlas cerca de la luz.

—¡Ah!..... exclamó con acento del más agudo dolor.
¡Estoy ciega, estoy ciega!

—Pero ¿dónde está Isabel? preguntó Villejo.

—¡Me la han robado!... ¡Me la han robado!

No era posible mayor desventura.

Aquella misma noche se hicieron las mayores diligencias para buscar á los criminales, para encontrar á la robada.

Todo fué inútil.

Villejo, en el colmo de la desesperacion, leyó en el infortunio de Inés y la dijo:

—Tranquilizaos yo encontraré á Isabel: entre tanto seré vuestro hijo, y os prometo solemnemente vengaros de los miserables que han cometido con vos tamaña felonía.

En vez de continuar el camino, se detuvieron en Córdoba, porque ni Villejo ni Inés quisieron salir de allí hasta encontrar á Isabel.

Llamado un médico para curar á Inés, declaró que habian sido quemados sus ojos con vitriolo.

La gitana se habia vengado.

CAPITULO. XV.

La paloma y el gavilan.



UANDO volvió Isabel en sí se halló en un cuarto de aspecto siniestro, iluminado por la débil luz de una lámpara, que aumentaba el horror de aquella estancia.

Sin acertar á explicarse lo que le pasaba, dirigió los ojos en torno suyo con temor, y los cerró aterrorizada al ver á una mujer vieja, repugnante, que con sonrisa infernal parecia espiar sus movimientos y gozaba en su desventura.

Isabel sintió correr por sus venas un frio mortal.

—No te atreves á preguntarme, dijo la vieja con vos gangosa, por qué razon te encuentras aquí. Haces mal, porque estaba dispuesta á satisfacer tu curiosidad.

Isabel reunió sus fuerzas, y aunque con débil voz formuló estas preguntas.

—¿Quién sois? ¿Por qué estoy aquí? ¿Dónde se halla mi madre?

—Eso ya es demasiado, dijo la vieja; pero te quiero mucho y responderé por partes á tus preguntas. ¿Quién soy? Si tu lo supieras, no me mirarias con horror. ¿No has sido muy feliz hasta ahora? ¿No te has hallado desde los primeros dias de tu vida rodeada de toda clase de felicidades? Pues todo me lo debes.

—¿A vos?